



Vista del techo de uno de los cafés de Marsella.

EL ARTE EN MARSELLA.

El arte es un genio amable y celoso, dispuesto siempre á embellecer cuanto sirve al uso del hombre, desde las humildes

SEGUNDA SERIE.—1863.

des mansiones hasta las mas opulentas ciudades, desde las cunas hasta los sepulcros; basta desearle uno para que venga. Marsella hasta en los últimos tiempos no parecía sino haber mirado con indiferencia y desdeñ el arte, y admiraba que

AÑO XXI. 5

una ciudad tan célebre, tan rica en oro y en navíos y en los productos del universo entero fuese al mismo tiempo tan pobre en edificios, en esculturas, en cuadros... ¡Los negocios! los negocios ante todo; respondían corriendo á la Bolsa los especuladores.

Pero Venecia y Florencia también entendían de negocios, y se consagraban al comercio, y han probado que al mismo tiempo que se enriquecían, podían tener gusto para lo que encanta los ojos y despierta en las almas los delicados sentimientos, los pensamientos nobles. Marsella tiene hoy ya un museo de pinturas, pero lo ignoran muchos extranjeros; y á decir verdad, es un pobre museo donde los buenos lienzos son muy raros, y si viene uno de Génova ó París, quedará medianamente satisfecho al encontrar tan poca cosa; y cualquiera que sea el mérito de las muchas pinturas en los fastuosos cafés inmediatos al puerto, sus graciosas alegorías, cubiertas con el humo de los cigarros, no pueden aceptarse como compensación bastante.

Hace pocos años en vano se hubiera buscado en todo el vasto hormiguero marsellés una sola obra de arquitectura; ya comienza á ver uno algo y la emulación nace. La nueva Bolsa que se ha construido es un paso en ese camino. No sucederá lo mismo con la catedral, que se ha encargado á uno de los arquitectos mas eminentes, Mr. Leon Vandoller, el cual la vá á levantar encima de la parte de la Jolietta; será un monumento que hará honor á Marsella y á la provincia entera, y que, concluido, aparecerá como una cosa sorprendente; algo y aun mucho se ha de tardar; pero al menos brillarán en él las artes, cuyo gusto han comenzado á tomar los marseleses. El grande aumento de esta ciudad desde la conquista de Argel y la guerra de Oriente es prodigioso; ¿qué vá á ser de Marsella cuando se haya concluido la apertura del Istmo de Suez? Nada tiene de extraordinario que el amor á lo hermoso ennoblezca la pasión de lo útil, y que Marsella sea el mas bello puerto triunfal que pueda hallarse para penetrar en Francia, en donde á tanta altura han llegado las artes.

SILVAS Y PACHECOS

ó

LOS BANDOS DE MURCIA.

Toda historia tiene algo de novela.
Toda novela tiene algo de historia.

(Continuation.)

II.

En un salon de la casa del conde de Lorca, que debilmente iluminaba un rayo de la luna penetrando por un balcon ojival, se hallaban Silva y Estrella, y al mismo tiempo en otra pieza anterior habia un hombre dormido tendido sobre un banco de madera, donde estaban pintadas las armas de el conde, con todos los blasones de la noble casa de los Pachecos. Aquel hombre que parecia entregado al sueño profundamente no podia ser visto ni de Silva, ni de Estrella, uqe por consiguiente se creian enteramente solos.

Hablaban estos de los medios de poder llevar adelante su union y calmar los rigores de su irritado padre, y recordaba Silva que podia esperar los auxilios del rey don Enrique por su sumision y en pago de los servicios que prestaba al ilegítimo Trastamara, que por la muerte de don Pedro I, su hermano y rival, se habia creído libre de los juramentos que le habia prestado. Esperaba poder volver á entrar en Murcia y conseguir, desarmando el odio de su padre, el que le entregase su mano.

Escuchábale temblando Estrella de que sus palabras pudiesen ser oídas, y Silva continuaba espresando que volveria pacíficamente á Murcia por ella sola, y que á nombre de los suyos habia aceptado la ley de Trastamara, que condenaba á todos los señores que turbasen el sosiego de la ciudad; que los Pachecos habian olvidado que Trastamara habia muerto á don Pedro; que no habian vencido á los de Tellez, y que él no se habia ausentado sino por su propia voluntad.

—Y por mi amor, añadió Estrella; sé cuanto me amas.

—Si, lo sabes, por que recuerdas la paciencia con que he soportado los insultos y las burlas de los tuyos.

—No hables de tu paciencia, Silva, cuando tu repentina cólera te ha hecho tomar tan terribles resoluciones. Tiemblo al verte lleno de resentimiento y quisiera abrigar una esperanza mas feliz... Quisiera verte mas reconocido á la clemencia de nuestro rey.

—La clemencia de Enrique de Trastamara no es sino la prudencia de un hábil político; no está bastante asegurado en su usurpado trono para que no conozca que la mano de los Tellez podria hacerle vacilar en él... Es demasiado diestro también en el arte de la guerra para no saber que mi villa de Huescar es un pasage que si le abro dará entrada á los moros y le arrebatarán esta provincia apenas conquistada.

—El rey te conoce bien, contestó Estrella, y no tiene ese temor.

—Pero es preciso que concluya mi destierro, dijo exasperado Silva.

—Márchate, le dijo Estrella con dulzura despidiéndole, y no comprometas nuestra suprema esperanza con una imprudencia... Márchate, aun es tiempo. A pesar de lo que tú llamas el triunfo de los Pachecos, no creas que un sueño pacífico cierra todos los ojos... La muerte causa insomnios crueles... Mi padre pasa las noches en vela, sollozando mientras yo las paso despierta también pensando en nuestro amor.

—¿Por qué quieres que me vaya tan pronto, Estrella mia?

—Por que para tí es la muerte si llegan á sorprenderte en esta casa, porque si te encuentran en la ciudad te harán morir, y porque también sería la muerte si sospechan que has infringido las órdenes del rey, porque muerte es el destierro eterno que ha impuesto.

—Tienes razon, Estrella, contestó con amargura Silva; el destierro es la muerte... Es mas aun, es la muerte que hace padecer al corazón cerrado á todas las alegrías, abierto á todos los dolores, á todos los temores, á todas las sospechas..

—¡A todas las sospechas! repitió con dolor Estrella.

—Si, perdona, Estrella; es cosa de volverse loco; se crean fantasmas, se imaginan crímenes; ¡recuerda uno tantos ejemplos de traicion!...

—¿De traicion! volvió á repetir mas profundamente conmovida aun Estrella.

—He hecho mal, he hecho mal, pero te lo he dicho; preci-

so es que concluya este destierro... que se verifique nuestro matrimonio... Es preciso... es preciso... que la que debe llevar mi nombre esté exenta de sospechas.

—¿Qué palabra!... ¿Porqué me la repites?

—Por que dicen que te ama el marqués de Villafior.

—¿Y qué me importa á mí su amor, si le aborezco, si le detesto?

—Es un jóven gallardo, valiente, diestro... en deslumbrar los ojos y sorprender el corazón de las mugeres.

Lloró Estrella y prosiguió Tellez:

—Y cuando el que se ama está ausente, proscrito, desgraciado, cuando para llegar á ser suya es preciso desafiar la cólera de un padre, de un hermano...

No pudo contenerse Estrella, y en medio de su llanto y con la mayor amargura le dijo:

—Silva... escúchame... escúchame. La jóven que no ha faltado todavía á ninguno de sus deberes, á quien el que ama descubre semejantes temores puede desafiar sus sospechas con su inocencia! empero la que como yo ha olvidado el respeto que debía á la casa de su padre...

—¿Qué dices?...

—Si, Silva... La que, cual yo, culpable oye de boca de su amante semejantes sospechas, este es el primer castigo de su falta.

—¿De su falta! exclamó Silva.

—Si, comienza para mí desde esta noche la expiación.

—Cállate, cállate; soy un insensato... Tú me conoces bien, soy celoso... colérico...

—Calla, Silva... dijo Estrella cogiéndola la mano; colócala sobre mi corazón; mira cual palpita y quiere saltarse del pecho... Conozco que el rubor de la cólera abrasa mi semblante... Puedo vivir en la desesperación... en el abandono... puedo morir... empero, Silva, no me volvais á decir jamás semejantes palabras. Dios me ha hecho así, conozco que no te las perdonaría nunca.

—Cuán encantadora estás en tu dolor, Estrella mía; él me tranquiliza, dijo Silva estampando un respetuoso beso en su mano. Conozco que he hecho mal, muy mal; pero no olvides cuanto padezco.

—¿Y acaso el padecer te dá derecho para ser injusto?

—¿Te amo tanto, eres tan hermosa, tengo tanto miedo!...

En aquel momento el hombre que se hallaba en la estancia inmediata dormido, tendido sobre el banco hizo un movimiento y cayó al suelo la espada que consigo tenía.

Sobresaltados con aquel ruido, trataron de huir los dos amantes. La sala en que se hallaban tenía dos puertas; una á la derecha que conducía á una galería, y la otra á la izquierda que daba entrada á una capilla, oratorio de la casa, y al fondo se hallaba la pieza donde se había oído el ruido.

Abrazáronse rápidamente los amantes, y Silva, indeciso un momento por que puerta debiera salirse, corrió al balcón donde había dejado colocada la escala de seda que le había servido para subir. Estrella se retiró apresuradamente á su aposento.

El hombre que se había dormido sobre el banco en la estancia que precedía á la sala en que juntos habían estado hablando Silva y Estrella se despertó, abandonó el duro lecho y á tientas entró en aquella sala maldiciendo aquella noche infernal que para él no tenía término. Aquel hombre era el marqués de Villafior, que, después de haber penetrado con la nodriza en la casa y encerrado en su cuarto á la

honrada dueña, proponiéndose únicamente pasar allí la noche para que al día siguiente un grande escándalo hiciera necesario su matrimonio con Estrella, se vió dominado por el sueño y se había recostado en aquel banco.

La nodriza le había conducido por la mano hasta aquel cuarto y le había dicho con la mas perfecta tranquilidad que iba á avisar á su señora de que estaba allí. Como no era aquel su intento, sino que hubiese llantos, gritos... un padre, un hermano, que acudiesen con luces, y aun tal vez algunas estocadas, y no tenía nada que decir que hubiera escuchado la hermosa Estrella, se resolvió á llevar adelante su empresa, infame en la forma y en el fondo. Creía que se aproximaba el desenlace al ver que comenzaba á apuntar la aurora por el horizonte.

Todavía no era tiempo; todos dormían en la casa, y sin embargo, mientras él dormía tendido sobre el banco de madera, tan pulimentado y tan duro, le había parecido oír entre sueños pasos y aun había creído percibir alguna voz. Lo atribuyó al sueño, lleno de imágenes funestas cuando el remordimiento está en el corazón y se duerme en una mala cama. Molido, asendereado y renegando de la rígida antigüedad y de las buenas costumbres de aquellos patriarcas que hubieran creído faltar á la virtud si ponían un almohadon en un banco, se proponía, cuando fuera dueño de aquel palacio, cambiar todos aquellos muebles, riéndose interiormente mientras llegaba el momento de que aquella casa tan tranquila, tan pacífica, fuese objeto de escándalo, de gritos, de desesperación... de sangre, tal vez de alguna muerte! Pero se había propuesto su plan y por nada hubiera retrocedido; tenía que vengar la repulsa de Pacheco, los insultos brutales de don Alfonso, á quien sería difícil acallar, lo que le agradaba, pues quería sobre todo ruido. Dólafe la situación de Estrella... la pobre niña... en quien apenas se atrevía á pensar... pero se proponía amarla tanto y ser para ella tan buen marido que la indemnizase del ultraje que iba á hacer á su honor, y que miraba como el único medio de llegar á poseerla.

Con estas ideas asomose al balcón para ver si estaba por allí su escudero, que, como se trataba de una mala acción, lo vió muy listo y despierto. Le hizo una seña, y el escudero desde abajo comenzó á gritar:

—¿Un caballero en el balcón de Estrella!

Y en breve muchas voces repitieron: ¡un hombre en el balcón de Estrella! En seguida, la alarma dada fuera de la casa, penetró en el interior; y entonces el marqués de Villafior, entrando de nuevo en la estancia resuelto á jugar hasta el fin la partida, abrió á la nodriza que tenía encerrada, y desenvainando la espada para poder evitar cualquier suceso repentino, se volvió al balcón. Al tumulto de fuera y á las voces de la casa, salió corriendo Estrella de su habitación encontrando á su nodriza, á quien preguntó la causa de aquel ruido. La nodriza la aconsejó que huyese y se ocultase inmediatamente. Preguntóle Estrella por qué, y la nodriza respondió azorada:

—Está descubierto.

—¿Quién?

—Tu amante.

—¿Qué dices!

En aquel momento aparecieron por lo interior de la casa su padre y don Alfonso, y en vano la nodriza la instaba para que huyese por que iban á matarla. Poco importaba todo

á Estrella si Silva no se salvaba. La nodriza casi á la fuerza, empujándola, hizo que entrase en su estancia; cerró la puerta, y colocándose delante de ella, permaneció allí resuelta á que pasasen por encima de su cadáver antes que penetrar en su cuarto.

Acudieron una porcion de criados con antorchas y espadas desnudas, gritando:—Muera el infame. Entonces el marqués de Villafior, saliendo del balcon espada en mano: gritó:

—¡Atrás, canalla! Se necesitan manos mas limpias que las vuestras para habérselas con un noble castellano.

En aquel instante llegó don Alfonso, que se lanzó sobre el marqués, diciéndole en reconcentrado furor:

—¡Eres tú, miserable!

Cruzaron sus espadas y don Alfonso quedó á muy poco desarmado. El conde de Lorca, procurando acelerar sus tardos y lentos pasos, venía por la galería gritando:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Dónde está Estrella?

Colocándose delante de la puerta de Estrella el marqués de Villafior, le contestó con altivez:

—Bajo la proteccion de mi espada y nadie pasará de aquí.

Entonces el anciano conde de Lorca cogió una espada de mano de uno de sus escuderos que le habia seguido, y se dirigió contra el marqués de Villafior. Este, en lugar de defenderse como lo habia hecho contra don Alfonso, arrojó su propia espada á los pies de Pacheco diciendo:

—Matadme, señor, si quereis.

—Defiéndete, le contestó Pacheco con furor.

—No, os reconozco por mi juez, replicó Villafior hincando al mismo tiempo la rodilla en tierra; y aunque podeis herirme, un juez no puede hacerlo sin oír antes al culpable.

Pacheco que tenia levantada la espada, la dejó bajar lentamente con amargura, y dijo:

—Villafior, ¿por qué no te has defendido?

Al mismo tiempo don Alfonso instaba al conde de Lorca á que descargase el golpe y matase al insolente. Este permanecia siempre de rodillas.

—Recoged vuestra espada, dijo á don Alfonso.

—¿Crecis, contestó éste, detenerme porqué me habeis desarmado? Toma, infame.

Y al mismo tiempo, levantando del suelo la espada, se lanzó sobre el marqués. Mas el anciano conde de Lorca le detuvo diciéndole:

—No merece morir ni á mis manos ni á las tuyas.

Mandó inmediatamente cerrar el palacio para que nadie absolutamente pudiese salir de él. El marqués de Villafior vió en este paso, y despues de haber evitado el primer golpe, logrado enteramente el objeto que se habia propuesto, y trató de seguir ganando lo mejor posible su partida. La nodriza, que habia seguido á los criados, iba á retirarse, cuando Pacheco, cogiéndola violentamente de la mano la trajo á sí y la dijo:

—Miserable, respóndeme de mi hija.

Don Alfonso al mismo tiempo daba prisa á su padre para que concluyese con la vida de su ofensor; empero el prudente y sesudo anciano queria antes enterarse de todo y saber hasta que punto llegaba el ultrage inferido á su familia. Así, para calmarle, le dijo:

—Ya abajo ayer, cuando tú cantabas nuestra victoria... y gritabas alborozado: los Pachecos son los dueños de Murcia... en aquel mismo lugar entonaba su cancion un trova-

dor y hablaba de una jóven seducida; y ahora... los curiosos están murmurando entre sí y dándose noticia de que un amante ha sido sorprendido en el momento de escaparse de la estancia de la hija de Pacheco! ¡Dios mio, Dios mio! ¿porqué no me habeis arrebadado mi hija cuando me habeis llevado mis otros dos hijos en quienes fundaba mi esperanza?

—La sangre lava todas las injurias, contestó su hijo.

—Si, pero la sangre se agota pronto y las lágrimas corren siempre.

—Si habeis resuelto mi muerte, dijo el marqués de Villafior, apresuraos, señor, porque me cansa esta situacion.

—Te engañas, marqués de Villafior; yo necesito antes conocer toda la estension de tu crimen para ver si eres tú solo el culpable.

—¿Y si no lo fuese?

—Todos los culpables tendrán el mismo castigo, contestó don Alfonso.

—¿De veras? dijo algo irónicamente el marqués.

—Si, los claustros de un convento son mas crueles que la muerte... Y aquellos en que la hermana de tu padre ha vivido pereciendo veinte años no se cerraron para siempre al bajar al sepulcro la culpable... Lo que un Villafior hizo bien puede ejecutarlo un Pacheco, y lo hará.

—Razon tendreis, y tal vez no hubiera llevado á cabo el crimen que he cometido si hubiera recordado ese suceso hace algunas horas.

—¿Hace algunas horas? preguntó don Alfonso.

—Si, hace algunas horas me llegué á esta muger y la ofrecí oro y la pedí me introdujese en esta casa... y aceptó.

Lanzó una iracunda mirada el conde de Lorca sobre la nodriza, y ésta en ademan suplicante imploró su piedad. El marqués de Villafior continuó:

—Cuando esta muger me hubo introducido en la casa, me detuve en ese cuarto inmediato y no pasé de esa puerta.

—¡Mientes! exclamó con furia el conde de Lorca.

Villafior prosiguió sin alterarse:

—Os digo que me detuve en esa pieza... y he pasado la noche en ella aguardando que apareciese la luz del dia; y cuando ha llegado he salido de la estancia de vuestra hija.

—¡Mientes, mientes! gritó con ira don Alfonso.

—¡Y por qué has hecho eso, desgraciado! dijo con abatimiento Pacheco.

—Lo he hecho... para que se propalase que Estrella tenia un amante... que este amante era el marqués de Villafior, y... para que Pacheco me mate ó me dé la mano de su hija, perdida, deshonrada ahora... pero que este himeneo puede salvar.

—¡Increible parece proyecto tan infame! exclamó Pacheco.

—Trata de salvarse con ese subterfugio, dijo don Alfonso.

—¿Es verdad lo que dices? le preguntó con ansiedad Pacheco vislumbrando una esperanza de ver pura á su hija. ¡Oh Dios mio! tú eres noble en medio de tus crímenes y no puedes mentir, Villafior.

—Lo que acabo de deciros, dijo éste con firmeza, estoy pronto á declararlo delante de todo el mundo, delante de vuestros deudos, delante de la ciudad entera.

—Que los llamen inmediatamente á todos, dijo con viva impaciencia Pacheco dirigiéndose á don Alfonso,

—Yo se lo diré, prosiguió diciendo el marqués de Villafior, para reparar el mal que he hecho, si es posible... por que es demasiado cierto que muchas veces la verdad llega

en vano á los oídos que se abren á la calumnia y quedan cerrados á la justificación, en cuyo caso se hallarán los de los Tellez.

—Yo los haré callar, dijo Pacheco.

—Y tendrán que callarse el día en que Estrella sea la marquesa de Villafior.

—Y porque tú has querido deshonrarla, dijo irritado Pacheco ¿me he de ver en la necesidad de entregarte tu presa?

—Esta mano, Pacheco, contestó con dignidad Villafior, bastante fuerte un día para sostener el peso de mis vicios, será mas fuerte todavía para romper con mi vergonzoso pasado. Día llegará en que vuestra hija llevará con orgullo este nombre que hoy la causa horror... Pacheco, siento en mi alma bastantes cualidades para hacerla grande y feliz y que no vea en lo sucesivo sino la felicidad que me propongo darla.

—Mientes, volvió á repetir con fuerza don Alfonso.

—La ira os ciega... Pues bien, id á buscar á Estrella, decidla que el marqués de Villafior acaba de morir, decidla que le habeis muerto... y os preguntará con frente tranquila y serena por que crimen han castigado al libertino...

—Vé, Alfonso, á llamarla; dijo Pacheco y al mismo tiempo á avisar á todos nuestros deudos.

Cada vez veía el marqués de Villafior que iba, á pesar del odio de los Pachecos, ganando la partida. Retiráronle, vigilado por los criados, á otra estancia ínterin llegaba el momento de la prueba.

El conde de Lorca en cuyo corazón empezaba á brillar la esperanza de que Estrella no fuese culpable; esperaba adivinar en sus ojos, en su frente y en el acento de su voz lo que hubiera podido ocurrir: aguardaba verla tranquila al oír la noticia de la muerte de aquel miserable y que nada la pudiese hacer palidecer ni llorar. Don Alfonso pidió á su padre que los deudos que habian acudido á la noticia de la desgracia estuviesen presentes á la justificación de Estrella, á lo que accedió hasta con gozo.

En tanto la nodriza, llegándose á él, le rogó que desistiese de su proyecto porque seguramente leerian en su frente su culpa. Obraba la nodriza bajo la impresion de la equivocacion de que habia sido víctima introduciendo al marqués de Villafior en la creencia de que era el amante de Estrella, y cuya cita ésta con tanto ardor habia solicitado. Así es que Pacheco inmediatamente dió contraórden respecto á la convocatoria de sus deudos á fin de evitar delante de ellos su ignominia y que fuesen testigos del dolor de un padre. Grande fué su afliccion al creer culpable á su hija, y reconvino amargamente á la nodriza, que se disculpó con que ella no habia sabido nada hasta el día anterior, asegurándole que aquel hombre le habia jurado que era amante correspondido y que ella le aguardaba; que habia querido resistir en vano porque ella le habia dicho que era preciso que lo viera ó morir. Don Alfonso, que habia oído al volver parte de la conversacion de su anciano padre con la nodriza, y venia seguido de sus deudos, entre los que se hallaba el anciano conde de Tavira, don Alonso y don Luis Pacheco, trató de consolar á su padre y excitarle nuevamente á la venganza. En aquella reunion de familia se ocuparon de decidir sobre la suerte del que habia hollado el honor de su nombre. En aquella época los nobles señores acostumbraban á hacerse la justicia por sí mismos, y mas particularmente en materias de honra. Casi todos se hallaban acordes en condenar al aman-

te y á la hija que habia olvidado sus deberes; solo uno tomó su defensa, y era este don Luis, sobrino del conde de Tavira y primo de la que suponian culpable. Creía este jóven, citando varios ejemplos de humanidad, que convendria evitar la catástrofe que deberia escandalizar la ciudad, con un matrimonio. Invocaba para esto el perdon de la culpable y el amor que siempre habia tenido toda la familia á Estrella, considerada por todos como un dechado de hermosura y virtud. Alegrábase en su interior el anciano padre, á pesar de sus exageradas ideas en puntos de honor, de que hubiese quien invocase perdon para su hija. Al fin, compadecidos de la situacion de aquel anciano á quien tal vez por primera vez habian visto llorar, determinaron que dentro de una hora y sin que saliese de la casa el marqués de Villafior se celebrase su matrimonio con Estrella, á fin de que al mismo tiempo que la ciudad supiese el ultraje cometido contra aquella noble familia, supiese tambien la reparacion. Mal le parecia, sin embargo, esta resolucion al iracundo don Alfonso que repugnaba que un jóven libertino obtuviese por un crimen osado... lo que algunas veces se rehusa á la virtud y al valor. No obstante, tuvo que conformarse con la decision de la familia, y no queriendo ser testigo de lo que él creía una ignominia, se retiró á la estancia de su padre con sus parientes mientras el anciano se proponia hablar con su hija.

Hízola llamar, y no pudo menos de alarmarse aquel anciano que habia procurado inspirar en el corazón de su hija todas las virtudes propias de los héroes austeros de aquellos tiempos al verla pálida, asustada... moribunda. Alegróse entonces en su interior de haberla perdonado. Abrióla cariñoso los brazos diciéndola:

—¡Desgraciada, ven, un padre perdona siempre y te he perdonado.

—¡Padre, padre! exclamó Estrella corriendo á arrojarle á sus rodillas: sois santo y bueno. Ahora que me habeis perdonado... moriré tranquila, porque he merecido la muerte.

—¡Cállate, hija mia! no pronuncies esa palabra... Largo tiempo se ha cernido sobre tu cabeza. Nadie se atrevia á hablar de tu perdon; empero hay en nuestra familia un jóven que te ha defendido cuando todos te creíamos culpable. Darás gracias á don Luis, y si alguna vez el infortunio pesa sobre él, no olvides que tienes una deuda que pagarle.

—¿Y mi hermano, padre mio? preguntó con ansiedad Estrella.

—Tu hermano es siempre el mismo; á mi mismo no me perdonará haberte perdonado.

—Vuestra bondad dulcificará la amargura de vivir con su odio.

—Y si te viene de este matrimonio algun mal, hija mia, tendrás que sufrirlo con resignacion.

—¿Por qué esos siniestros presentimientos, padre mio?...

—Porque los hombres son así, hija mia; el que no ha respetado á la jóven doncella en el lecho paterno no respetará tal vez la esposa bajo el techo á que va á llevarla.

—Padre mio, conozco perfectamente su corazón.

—Yo hubiera querido... hacer otra eleccion para tí... Sin duda Villafior es un hombre ilustre...

Estrella levantó la cabeza y con asombro repitió:

—¡Villafior!

—Sí, es valiente, altivo, y su fama no tiene igual; pero... cuando pienso en sus vicios, en los estravíos de su juventud... En fin, tu amor podrá reducirle á una buena conducta.

—¿Qué estais diciendo? preguntó con creciente asombro Estrella.

—Veo que te espanta lo que hablo... pero yo espero que te amará cual mereces... y que Villafior olvidará sus locuras.

Estrella se mostraba agitada cual si un terrible vértigo uiese á apoderarse de su cabeza, y reparando en aquella turbacion su padre no pudo menos de preguntarle la causa de aquel desórden.

—¿No me habeis perdonado, padre mio? exclamó Estrella.

—Sí, te lo he dicho.

—¿Con que será mi esposo?

—Dentro de una hora. La capilla está preparándose y en ella todos reunidos.

—Y el que debe ser mi esposo es...

—¿A qué son esas miradas estraviadas, esa palidez, ese temblor?...

—Conque el que debe ser mi esposo, repitió con ansiedad Estrella, es...

—Ya te lo he dicho; el marqués de Villafior.

Retrocedió espantada y llena de terror Estrella al oír aquel nombre cual si fuese un nombre de maldicion. Creyó al pronto Pacheco que los sucesos de aquella terrible noche la habian hecho perder su razon, y procuró tranquilizarla; mas su agitacion crecia cada vez mas. Entonces, entre lágrimas y sollozos confesó á su padre que el hombre á quien ella habia dado una llave para penetrar en su casa, no era el marqués de Villafior, si no al hombre con quien habia estado hablando durante la noche, que no era otro que Tellez de Silva, el que la habia estado contando que el rey quería aquella union para que llegara á ser la prenda de reconciliacion entre los inveterados odios de las dos familias, los Pachecos y los Tellez de Silva. Al oír aquellas revelaciones, el anciano sintió renovarse con toda la fuerza en su corazon los antiguos odios de familia; ocultó su rostro con ambas manos en el que se reflejaba la expresion del mas profundo dolor, creyó que su hija estaba loca y mandó llamar á su hijo y Villafior, para que su presencia la restableciese el juicio.

Flaqueaba con efecto la razon de Estrella, no pudiéndose dar cuenta de por qué se hablaba siempre del marqués de Villafior. La nodriza la esplicó entonces que el hombre que ella habia introducido allí era el marqués, que habia pasado la noche en aquella estancia. Pacheco añadió que era el que la amaba, y el que se hallaba en la capilla para ser su esposo, porque él quería que esto sucediese despues de lo acaecido.

—Silva me matará, exclamó entonces con el acento mas profundo de la desesperacion Estrella.

—¿Y qué hablar de Tellez de Silva? dijo el padre que creia siempre estraviada la razon de su hija.

—Porque el que yo aguardaba era Tellez de Silva; el que yo he introducido aquí era él; porque él era el que estaba en mi cuarto, porque yo no puedo tener otro esposo que él, que ha sido mi amante, y de quien ¡ay! soy enteramente suya...

Y al mismo tiempo inundado el rostro de lágrimas y agitaciones el pecho por los hondos sollozos que exhalaba, se arrojó á los pies de su padre. No sabia éste qué pensar; cuando creia haber reparado una desgracia se le anunciaba por boca de su misma hija su deshonor, y que esta era causada por el enemigo secular é irreconciliable de su familia; veía á su

hija perdida por un amante ó por otro; veía de rodillas allí, á sus pies, morir, y no sabiendo qué hacer ni qué contestar á los que poco antes habian opinado por la muerte de su ofensor cuando creian que era el marqués de Villafior el que le deshonoraba, levantó con desprecio del suelo á su hija y la arrojó en los brazos de su nodriza. Trémula, vacilante, sostenida por los brazos de su ama de lactancia pudo llegar con dificultad hasta un sillón invocando siempre á su padre para que la diese la muerte.

—¿Y qué es la muerte? la preguntó el anciano con reconcentrada ira... Morir es nada. ¿Crees tú que no sería mil veces mejor morir que ir ahora á decir á todos: no es el marqués de Villafior, no es solamente el libertino el que hacia subir el rubor á vuestra frente; no es el amante de las mas viles prostitutas al que mi hija ha dado su honor, su vida... Es vuestro enemigo, aquel que á cada Pacheco que muere se regocija y canta victoria; aquel que ha buscado con la espada en la mano la hora propia en que pudiera degollar el hermano, el padre... aquel que ha tenido la gloria de despreñarnos y que no pudiendo arrojarnos la muerte nos escupe al rostro el deshonor... Es Tellez de Silva... Es el amante de Estrella Pacheco... ¿Os conviene asistir á este himeneo?

—¡Por piedad y compasion la muerte, padre mio!

—Sí, la tendrás... Morireis los dos... Pero no basta... no basta... Se necesitan suplicios horrendos... morir sufriendo... Pero dime que no es Tellez de Silva y yo moriré, si tú crees que morir es tan gran cosa.

—¡Morir, vos morir! dijo Estrella levantándose con trabajo del sillón donde estaba echada. ¡Oh, cuánto miedo os causa la vergüenza de mi crimen!

—Sí, ¡la muerte, la muerte antes que semejante confesion!

—Pues bien, padre mio, yo os salvaré de la vergüenza, yo buscaré el suplicio en que redima mi falta.

—¿Qué suplicio sería bastante para borrarla?

—La vida, dijo con resolucion Estrella.

—¡La vida!

—Sí, la vida encadenada al que detesto y desprecio... La vida unida eternamente al que ha querido perderme.

—¡Al marqués de Villafior! dijo con asombro Pacheco. Eso sería engañarle...

—Pero cuando él ha querido perderme, no sabia que yo ya lo estaba.

—Tienes razon; digno castigo sería para los dos; empero es horrendo y no lo haré.

—Yo lo haré y no tendreis por qué avergonzaros dos veces delante de vuestro hijo que os vitupera vuestra clemencia, delante del severo don Cristóbal... delante del generoso don Luis...

—No, no, tú quieras engañarme; tú lo que deseas es escapar á mi venganza.

—¿No me habeis dicho que estaba dispuesto el altar?

—Está aguardando.

—Pues bien, estoy dispuesta. Y al mismo tiempo, inclinándose al oído de su nodriza, le dijo: mañana irás á ver á Silva porque he muerto con el título de marquesa de Villafior. Ahora, vamos, padre mio.

—Tengo el corazon vacio de piedad; ya no tengo hija, contestó el anciano.

Y alzando la voz, gritó:

—Podeis entrar, señores: el sacerdote aguarda, y aquí está la novia.

El marqués de Villafior, que entró al mismo tiempo, no cabía en sí de gozo al ver cuan fácilmente se habían realizado sus planes. Tomando la mano de su hija el anciano Pacheco, la colocó en las suyas y le dijo:

—Marques de Villafior, ved aquí su mano.

Aproximándose éste á Estrella y tomándola del brazo la condujo al altar.

Entraron todos en la capilla, y don Alfonso, que venia enteramente armado, se quedó á la puerta. Apenas el sacerdote hubo bendecido á los esposos, Pacheco dijo á su hijo:

—Oye: las órdenes del rey prohiben á los Tellez entrar en Murcia, pero no impiden á los Pachecos el que vayan á buscarlos á Córdoba donde se hallan. Buscarás en medio de los Tellez al mas valiente, á Silva Tellez.

—¿Y por qué mas á ese que á otro?

—Yo te lo diré, hijo mio.

En aquel momento se terminó la ceremonia, y salieron los esposos de la capilla acompañados de los deudos del conde de Lorca. Al ir á pasar el umbral de la puerta de la capilla los recién casados el conde de Lorca salió á su encuentro y con una firmeza y una entonación de voz extraordinaria en su avanzada edad le dijo al marqués de Villafior:

—Marqués, la puerta que dá enfrente del altar conduce á la calle, llévate á tu casa la esposa que has elegido.

Hizo ademán Estrella de arrojarse á los pies de su padre implorando su compasion, empero éste con un movimiento brutal la rechazó gritando:

—¡Atrás! Jamás volvereis á pasar el dintel de la puerta de esta casa.

Estrella cayó sin sentido, el irritado anciano cerró la puerta de la capilla y lanzándose con la ligereza de un tigre hácia su hijo don Alfonso á pesar de sus años, le dijo con acento terrible:

—Ahora es preciso que Silva Tellez marqués de Huescar desaparezca del mundo, porque él era el amante de Estrella.

—Morirá, contestó don Alfonso, y se retiró de aquella casa que había presenciado en aquella noche escenas tan terribles y que auguraban nuevas catástrofes.

(Se continuará.)

EL CONDE DE FABRAQUER.

HISTORIA DE LOS PINTORES.

DAVID.

Con motivo de presentar á nuestros lectores la copia de un cuadro del célebre David, vamos á dar algunas noticias de la vida de este gran artista.

Gerardo, labrador breton, convencional oscuro, ha recibido del pincel de David una inmortalidad á que sin duda no aspiraba: su frente sólida y bien formada revela una especie de austera inteligencia que no commueven las tempestades políticas, empero la bondad de su boca, lo grueso de su papada le predestinaban á la vida patriarcal, á la vida de los campos. Tal vez el niño de ojos vivos que tiene entre sus rodillas y la chiquilla mal peinada sentada al clave despertados por los sucesos gozarán en el torbellino parisiense, pero no despojarán las dos almas de su tosca corteza; el uno mira sin comprenderla la música de su hermana, la otra tiene la sonrisa del aldeano que se vé sacado en retratos.

Presenta este cuadro cualidades que mas de una vez se han negado á su ilustre autor. En él está la naturaleza reproducida con fuerza y sencillez. David, el gran pintor de historia nació en París en 1748, y era hijo de un comerciante de hierro que perdió la vida en un duelo. Hizo sus estudios en el colegio de las Cuatro Naciones, y terminados, su madre y Mr. Buront, su tío, le hicieron seguir la carrera de arquitecto, pero David, como todos los hombres de genio particular y trascendental, había manifestado desde sus primeros años una irresistible pasion por la pintura, y solo se dedicó á su pesar al estudio de la arquitectura. La madre de David, le envió un día á llevar una carta á un pariente suyo pintor, llamado Boucher. Estaba éste en su taller, dejó su pincel para leer la carta, y cuando la hubo leído, se volvió y vió al jóven mensajero absorto delante del cuadro que tenia sobre el caballete, en una especie de contemplacion que hacia mas notable su edad. Despues de haberle considerado un momento en silencio, le dirigió algunas preguntas á las que respondió con una emocion y un acento, que revelaban una verdadera vocacion. A instancias de Boucher, su madre y su tío, se decidieron al fin á dejarle seguir su inclinacion. Boucher exigió que fuese colocado David, no en su casa como deseaba su madre, sino en la de Vien, cuyas lecciones siguió durante muchos años. Hizo David oposicion al gran premio de pintura varias veces, pero no fué coronado hasta la quinta vez; tenia entonces veinte y siete años. En el año mismo en que David ganó el gran premio, que fué en 1775, pasó á Roma con su maestro Vien, que había sido nombrado director de aquella escuela.

Hasta entonces solo se habia alimentado por decirlo así, de pinturas de la escuela francesa. Ahora vió con admiracion en Parma, las admirables pinturas con que el Corregio ha embellecido la cúpula de la catedral.

Llegados á Roma, Vien quiso que su discípulo el primer año se ocupase exclusivamente en dibujar modelos antiguos y de los grandes maestros.

Durante su primera mansion en Roma, hizo varios cuadros, pero la peste de San Roque, fué una de las mejores producciones de su hábil pincel.

A su vuelta de Roma, se casó con la hija de Monsieur Pecoul, arquitecto empresario de las obras del palacio. Sintió á poco la necesidad de volver á la capital de las artes, y gracias á los medios que le dió su suegro, pudo realizarlo.

Durante este segundo viage, ejecutó el cuadro que le habia encargado el rey, y cuya composicion habia él arreglado en París. *El juramento de los Horacios* hizo furor en Roma, quisieron detenerle allí, pero resistió á todos los ruegos, y el pintor y el cuadro fueron recibidos con transporte en París, donde hizo lleno de inspiracion otros varios cuadros que causaron grande asombro.

Cuando se verificó el gran movimiento social de la revolucion, mostró una exaltacion que rayaba en delirio, y se colocó en las filas de los mas exagerados demagogos.

El primer cuadro que pintó de los sucesos contemporáneos, fué *El juramento del Juego de Pelota*, cuyo cuadro mandó la Asamblea constituyente se hiciese á costa del tesoro público. David fué nombrado diputado de París para la Convencion, que presidió durante catorce dias, y votó la muerte de Luis XVI.

Era amigo de Marat y de Robespierre, y cuando cayeron

estos del poder, se vió perseguido y preso dos veces. Am- | gloria suya y de las artes, sino de los grandes cuadros que le
nistiado volvió David á su taller, para no ocuparse con gran | han hecho tan célebre.



Gerardo y su familia. Cuadro por David.

Bonaparte durante sus campañas de Italia, había hecho | nes políticas, á pintar los combates que lo han inmortal-
proponer á David que fuese á su campo lejos de las agitacio- | zado.